



Marchitos

* Por José Rentería Torres



"Mira, Nino, le dibujé un cerebro a Mario", me dijo mi nieta Ana Paula. El cerebro parecía el follaje de un árbol en donde las neuronas se asemejaban a nidos de pájaros, o si lo prefiere, unas frutas, de las cuales brotaban unos filamentos (las dendritas) uniéndose entre sí, y en aquel entre sí, juntas se hacían ramas que descendían haciéndose tronco (médula espinal) que terminaba en multitud de raíces nerviosas. Ante aquella alegoría de un cerebro, mi cabeza dio tumbos, y en un tumbo me pregunté "¿dónde aprendería Ana Paula que el cerebro tiene tan linda forma?" y me respondió: "Quizá esta lindura le viene por la definición que se le ha venido dando a este órgano: el cerebro es el órgano principal del sistema nervioso central que coordina todas las funciones del cuerpo". Cierto, pero algo falta. Ana Paula pintó un cerebro bonito. Un cerebro sano. En otro tumbo

pensé: "Para que un cerebro esté funcionalmente sanamente se necesita algo más. "Usted quien me lee, quizá ya le agregó lo que a este le falta."

Hubo una historia por allá en el siglo XIII cuando Federico II, rey del Sacro Imperio Romano Germánico y del reino de Sicilia, quiso saber un día cuál era el idioma original, entonces, para salir de dudas, ordenó: "Traigan treinta niños recién nacidos. Los quiero, a todos sanos y que no hayan oído palabra alguna porque deseo saber con cuál idioma empezarán a hablar. ¿Serán las voces con las que Eva le hizo morder la manzana al inocente Adán, o será el alemán que mis institutrices me enseñaron, o el italiano, o el francés, o el español que me falta por aprender? Los niños fueron escogidos, todos sanos.

En ese entonces, no había tomografías, ni resonancias, pero sus lisas fontanelas indicaban unos cerebros saludables. Aquí vamos suponiendo que aquellos niños tenían unas medidas promedio de un perímetro craneal de 35 cm, talla 49 cm y un peso de 2,800 gramos. Este agregado, a todas horas ficticio, lo pongo para un resultado también ficticio. ¿Ficticio? Los cerebros de aquellos niños tenían la madurez propia de un recién nacido sano, madurez que les permitiría seguir madurando a través de sus aprendizajes, aprendizajes que en los primeros años de vida serían el motor que continuaría con una neurogénesis acelerada (producción de neuronas) que expandirían el volumen de sus

cerebros, y a su vez este volumen aumentaría el perímetro de sus cráneos.

Las nodrizas y enfermeras hacían su trabajo y un clérigo tomaba notas de aquella importante indagatoria. Tres años pasaron en espera de que hablaran. No hubo ningún lenguaje. No hubo quien les enseñara a hablar. Todos fueron muriendo en aquel páramo, yermo de humanidad. El monarca siguió con su duda. Aquí me atrevo a pensar: En los tres años que fueron pereciendo, quizá algunos de ellos, por observación, aprendieron a caminar, pero a caminar hacia... nada. "Ana Pau, en tu dibujo plasmaste sólo la parte anatómica, del cerebro, pero hay algo que pasa con frecuencia desapercibo. Te comento: la biológica cerebral ¡humana!, tiene dos funciones inseparables: UNIDAS. Una función es para adentro del cerebro y la otra es para afuera (es la

